

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 12, 13.16-19): *Nos gobiernas con mucha indulgencia.*

Salmo (85, 5-6.9-10.15-16a): *«Tú, Señor, eres bueno y clemente»*

2ª lectura (Romanos 8, 26-27): *El Espíritu mismo intercede por nosotros.*

Evangelio (Mateo 13, 24-43): *Dejadlos crecer juntos hasta la siega.*

En muchas ocasiones no sé si mi oración está bien hecha, si lo que pido es lo mejor, si el lenguaje es el adecuado, si mis intenciones son de veras las correctas... Entonces pienso que Dios nos ha dado al mejor de los intérpretes posibles, su mismo Espíritu. Él es nuestra ayuda en la debilidad y él traduce nuestras pobres oraciones en el lenguaje divino, lenguaje de ese Dios que conoce profundamente nuestros corazones.

Es un alivio saber que *«el Espíritu mismo intercede por nosotros»*, porque ¿qué podríamos argumentar en favor nuestro? Mientras más nos ponemos a la luz de Dios, más salen a relucir nuestra propia debilidad y nuestra falta de méritos. Pero es el Espíritu quien intercede por nosotros, él traduce nuestras palabras, *“él ruega conforme a la voluntad de Dios por nosotros, los que le pertenecemos”*.

«Por ser el Señor de todos, eres misericordioso con todos». Siendo tú el dueño de la fuerza, juzgas con misericordia y nos gobiernas con delicadeza. *“Has llenado a tus hijos de una dulce esperanza, ya que al pecador le das tiempo para que se arrepienta”*. Solo el dueño del tiempo puede tener toda esa misericordia, toda esa delicadeza, toda esa paciencia... Pues ¿qué iba a querer Dios, sino el mayor bien de cada uno de sus hijos?

A veces creamos a Dios una mala fama y lo anunciamos como el portador de la venganza, el controlador de los afectos, el castigador de los errores o el gran indiferente. Esas son visiones que reflejan más nuestros temores, nuestras obsesiones o manías o nuestros deseos inconfesables. Y precisamente de eso nos habla Jesús hoy: *“paciencia, misericordia, delicadeza”*.

Las cuatro virtudes cardinales son *«prudencia, justicia, fortaleza y templanza»*. La paciencia no forma parte de ellas; pero no por ello es menos importante. Una persona paciente sabe esperar, no emite juicios temerarios ni toma decisiones precipitadas. Por el contrario, una persona impaciente, movido por su afán o nerviosismo, toma decisiones de las que puede llegar a arrepentirse, por estar poco maduras o por no tener todos los datos suficientes para iluminar un asunto dado. Todos elogiamos a la persona paciente, y recriminamos la impaciencia en decisiones fundamentales.

Con frecuencia proyectamos sobre Dios los rasgos de la personalidad humana; precisamente porque nuestro Dios, el Dios en quien creemos, es un Dios con rasgos personales: habla, se enoja, se compadece, decide intervenir en la historia. Así nos dice la Biblia. La Escritura nos habla también de la *«paciencia de Dios»*. En efecto, si Dios no tuviera paciencia con el ser humano, con sus torpeza y errores, la historia de la humanidad hace tiempo que hubiera concluido. El libro de la Sabiduría nos habla de la prudencia, de la indulgencia, del buen hacer de Dios con los pecadores. Jesús, en el evangelio, se sirve de la parábola del trigo y de la cizaña para explicar que Dios no arranca la cizaña de inmediato, sino que deja que trigo y cizaña crezcan juntos. Solo al final pondrá en claro su justicia.

Una reflexión que quizá no nos hemos hecho, pero que es profundamente bíblica es acerca de los *“tiempos de Dios”*. En efecto, la Biblia nos muestra cómo Dios se toma sus tiempos: desde que promete un hijo a Abrahán hasta que nace; desde que Israel sale de Egipto hasta que entra en la Tierra Prometida... pasa un tiempo que es revelador: es pedagógico, progresivo, se hace esperar, supera dificultades, es tiempo de maduración... Dios se toma su tiempo y hace que el ser humano experimente su acción salvadora en el tiempo.

La parábola de hoy es luminosa. Muchos de nosotros pensamos: ¿por qué Dios, en su justicia, no interviene ya? ¿Por qué Dios no destruye a los malos y hace vivir a los buenos? Podemos pensar ¿quiénes son los buenos y quiénes los malos a los ojos de Dios? ¿Acaso no hay personas que pueden arrepentirse? ¿Acaso nosotros mismos, en algún momento de nuestra vida, no hemos sido de esos *“malos”* que hoy pedimos a Dios que arranque de su Reino? ¿Es más justo Dios porque tome decisiones tajantes en un momento de nuestra pequeña historia? ¿Acaso Dios no sabes más, y no ve más allá que nosotros, en nuestra miopía? Aprendamos a ser pacientes, como lo es Dios.

Ojalá pudiéramos dividir la humanidad entre trigo y cizaña, entre buenos y malos. San Mateo, al recordar estas palabras de Jesús, está poniendo en guardia a su comunidad, y de paso a la nuestra, para hacer ver que las cosas no son tan sencillas, que no se resuelven al final de una hora de programa televisivo. El mundo y la vida de todos los que lo habitamos son bastante más complejos. No hay manera de erradicar a los malos simplemente porque todos lo somos a veces. Es cierto que hay personas que nos parecen excelentes y otras que nos parecen enteramente malvadas, pero resulta difícil sostener ese punto de vista contra todo y contra todos: *“Vivir con un santo en el cielo es un contento; vivir con él en la tierra es otro cuento”*. Y es que ni siquiera a los que son demasiado buenos los toleramos fácilmente, porque la mayoría de nosotros andamos en la dulce mediocridad.